

José Angel Di Mauro

Un Parlamento cada vez más monocolor

José Angel Di Mauro

Periodista.

Miembro de Redacción
de *El Parlamentario*

Fue una elección sin misterios. Con una ganadora cantada y en la que la única duda radicaba en la magnitud de la victoria oficialista; si la oposición podría llegar a forzar un *ballottage*, y si los encuestadores lograban redimirse de anteriores chapuceos, confirmándose un triunfo oficialista en primera vuelta.

El primer punto se confirmó: Cristina Fernández ratificó la victoria que todos le asignaban; las cifras corroboraron de inmediato la inaccesibilidad de una segunda vuelta que en todo caso no hubiera sido forzada por la oposición, sino por la reticencia de parte del electorado a votar a la primera dama; y por último, los encuestadores -prácticamente todos menos uno- recuperaron cierto crédito, al menos hasta los próximos comicios.

Pero había otra elección, no tan previsible, como no suelen serlo las legislativas. Es que en ese rubro no alcanza con vaticinar un ganador y un perdedor; el análisis frío de los porcentajes y el a veces inasible sistema *D'Hont* hacen que se deba esperar varios días para hacer una lectura fina de los resultados. Los ganadores, a veces, no son tan ganadores y el análisis rápido que surge el día siguiente del comicio no suele coincidir con lo que revela la realidad el día de la asunción.

Hay ejemplos extremos, como el marcado por el médico mediático Eduardo Lorenzo Borocotó en los días posteriores a la elección de 2005, cuando cambió de orilla política en un acto que incluyó foto con el presidente y el jefe de gabinete, que, por tan grosero, convirtió su apellido en verbo. A partir de entonces, la actitud de buscar captar la adhesión de un dirigente político ajeno es definida con el término "borocotizar", y hasta

tiene sustantivo: "borocotización", mal que le pese a quien, sin proponérselo, entregó su apellido a este cuestionable accionar político que no ha hecho más que extenderse en los últimos tiempos.

En efecto, el actual diputado Eduardo Lorenzo no ha sido el único en cambiar de bando, pero fue sin dudas el caso más emblemático y, por la manera como se manejó su situación y su grado de exposición, quedó definitivamente estigmatizado. Han habido otros casos registrados en tiempos recientes y no necesariamente circunscriptos al Parlamento nacional. En la Legislatura tenemos el ejemplo de la todavía no asumida diputada porteña Gabriela Cerrutti, quien tras ser el ariete telermanista contra el kirchnerismo, cambió de camiseta durante la semana posterior a la primera vuelta, seis meses antes de asumir la banca para la que fue elegida. Mas nadie hablará en el futuro de una "cerrutización". El término ya tiene definición y difícilmente vaya a ser cambiado.

La falta de fidelidad a las consignas partidarias es consecuencia directa del desmoronamiento de los partidos políticos posterior a la crisis de 2001, *que se vayan todos* mediante. El desgajamiento de los partidos tradicionales tiene su correlato en elementos tales como la creación de partidos nuevos -efímeros en muchos casos-, y las colectoras, invento argentino llevado al extremo en la última elección pero que ya había tenido su puesta en práctica en 1989 cuando, por ejemplo, el entonces candidato oficialista Eduardo Angelóz concurría a los comicios con fórmulas diferentes: la radical, junto a Juan Manuel Casella; y la de centroderecha, con la juje-